

Andrea y Andrés



*A Elena Martínez y a la escuela Senara
con mi amistad y agradecimiento.*

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración
Rafael Salmerón

Diseño
Alfonso Méndez Publicidad

Impresión
Brosmac, S.L.

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-95280-00-8

© Concha López Narváez

© de la edición en castellano

DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es





Andrea y Andrés

CONCHA LÓPEZ NARVÁEZ

 **DYLAR**
ediciones

Concha López Narváez



Concha López Narváez nació en Sevilla. Es licenciada en Historia de América y durante años fue profesora de BUP. Desde que se dedica a la literatura infantil y juvenil ha publicado ya 22 libros, y siempre tiene alguno más entre manos. También es una autora muy premiada: ha conseguido, por ejemplo, el Premio Lazarillo y la Lista de Honor del IBBY. En el año 1992 fue elegida candidata española para el Premio Internacional Andersen.

Rellena tu ficha



La autora de «Andrea y Andrés»
se llama

y nació en

Durante años fue
de

Ha publicado libros.

En fue elegida candidata
española para el

.....



Ratón Andrés

Ratón Andrés salió de casa justo después de comer. Había terminado su trabajo durante la mañana. Ahora le sobraba el tiempo y le apetecía dar un largo paseo.

Ratón Andrés marchaba tranquilamente; llevaba las manos dentro de los bolsillos y silbaba.

Era primavera. Los árboles estaban cubiertos de hojas nuevas y había flores en los prados, flores de muchas clases y colores.

Además el cielo estaba completamente azul y el aire soplaba con suavidad.

«¡Qué tarde tan maravillosa!», pensó

Ratón Andrés y se sintió alegre.

«¿Hacia dónde me dirijo?», se preguntó.

«Da lo mismo porque el tiempo me sobra. Iré hacia donde me conduzcan mis pasos», se respondió, y comenzó a caminar sin rumbo.

Sus pasos le condujeron hacia el bosque.

En el bosque había cientos y cientos de árboles. Se llamaban hayas, abedules, arces, chopos, álamos... Eran altos y crecían ordenadamente, como si alguien los hubiera puesto en fila.

«Parecen soldados», pensó Ratón Andrés, «soldados que están contentos porque no van a la guerra».

Entre los ordenados y altos árboles corría un río, pequeño, saltador y rumoroso, que también estaba contento.

En el bosque los pájaros hacían sus nidos: el cuervo, el mirlo, el petirrojo, el pájaro carpintero... Y mientras los hacían no paraban de cantar.



«¡Qué maravillosa tarde!», volvió a pensar Ratón Andrés y continuó marchando por el bosque.

Caminando, caminando, con las manos metidas en los bolsillos, mientras silbaba y se sentía alegre, Ratón Andrés se alejó mucho de casa. Pero tal cosa no le preocupaba lo más mínimo porque el tiempo le sobraba y tenía toda la tarde para pasear.

De repente se detuvo sorprendido. Y se preguntó qué podía ser aquella cosa pequeña y húmeda que acababa de caer sobre su oreja izquierda.

Cualquiera hubiera dicho que se trataba de una gota de lluvia.

«No puede ser una gota de lluvia porque ésta es una maravillosa tarde de primavera», pensó Ratón Andrés y siguió su paseo.

No había caminado tres pasos cuando volvió a detenerse. ¿Qué sería aquello pequeño y húmedo que había ido a dar sobre su oreja derecha?

Una gota de lluvia no, aunque lo pare-

ciera, porque aquélla era una maravillosa tarde primaveral.

Pero otra cosa pequeña y húmeda cayó sobre su cabeza. Y enseguida algo también pequeño y húmedo fue a caer sobre una de sus manos.

Ratón Andrés contempló su mano con asombro: lo que había en ella era, sin duda, una gota de lluvia, ¡dos gotas de lluvia!,... ¡tres gotas de lluvia!...

Ratón Andrés no lo podía creer: pero ¡sí estaba lloviendo!...

Ratón Andrés levantó la vista y miró al cielo. Sobre las copas de las altas hayas y de los altos abedules y de los altos chopos y álamos el cielo aparecía gris y oscuro.

«¿Dónde está el sol? Pero, ¿dónde se ha metido?», se preguntó perplejo Ratón Andrés.

El sol estaba oculto detrás de las grandes y negras nubes que poco a poco habían cubierto el cielo. Esto había sucedido mientras Ratón Andrés caminaba tranquilamente por el bosque, sil-

bando y con las manos en los bolsillos. «¡Qué fastidio! Voy a ponerme perdido. Tengo que regresar a casa a la carrera», pensó Ratón Andrés y, rápidamente se dio la vuelta. Pero su casa estaba lejos.

No se hallaba ni a mitad de camino cuando las negras y grandes nubes se abrieron y saltó el rayo a la tierra.

El rayo parecía un látigo de fuego.

Enseguida estalló el trueno. Era como si detrás de las nubes hubiera cien tambores resonando furiosos.

Y luego otro rayo, y otro, y otro... Y otro trueno, y otro, y otro...

Después se levantó el viento y las nubes chocaron unas contra otras. En el cielo había guerra de nubes.

Y ¡qué manera de llover!